



“Esquema de la evolución política de México
Tenochtitlan”

p. 19-52

Alfredo López Austin

La Constitución Real de México-Tenochtitlan

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1961

174 p.

(Cultura Náhuatl. Monografías 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de febrero de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/060/constitucion_real.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO SEGUNDO

ESQUEMA DE LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DE MÉXICO-TENOCHTITLAN

- A)* El pueblo seminómada.
- B)* Fundación de Mexico-Tenochtitlan. Sujeción a los tepanecas.
- C)* Independencia. La triple alianza. Tlacaélel. La guerra florida.
- D)* El pueblo conquistador.
- E)* Motecuhzoma Xocoyotzin.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



A) EL PUEBLO SEMINÓMADA

CONSTITUCIÓN indica funcionamiento, vida, estructuración de un Estado en el tiempo y en el espacio. No puede comprenderse sin tener conocimiento de los factores determinantes que en cada momento la configuran. No puede explicarse en forma estática, porque, como vida, es producto del dinamismo. Todavía más: su estudio no puede iniciarse en el orto, sino en la gestación, en la idiosincrasia del elemento humano que se desarrolló en determinadas condiciones para convertirla en realidad. Por tanto, nuestra exposición se iniciará en el momento en que un numeroso grupo de hombres de lengua náhuatl, nombrados aztecas o mexicanos, de escasa cultura y hostiles intenciones, invade la Meseta Central, a mediados del siglo XIII.

En su afán de colocarse a la cabeza del mundo conocido, los mexicanos cambiaron mucho su verdadera historia, haciendo desaparecer de ella todo lo que pudiera señalar su origen obscuro, y formando una nueva llena de narraciones poco verosímiles. Aztlán, Aztatlán, Quinehuayan o Chicomóztoc tiene más sabor mítico que real. Ese reino que gobernaba un personaje llamado Motecuhzoma, padre de Mexi Chalchiuh-tlatónac —primer guía del pueblo mexicano (Tezozómoc, 1949, p. 15)— en donde tenían “sus casas y sus sementeras, y sus Dioses, ritos y ceremonias, con orden y policía” (Acosta, 1894, t. II, p. 234), es producto del orgullo nacional que tendía a la ocultación del verdadero origen. El mismo Mexi, de quien deriva el nombre de México (Martínez, 1948, p. 123), parece confundirse con la divinidad de la tribu, Huitzilopochtli, no como la exaltación de un personaje principal, sino como la metáfora que coloca al Dios entre sus hombres, dirigiéndolos en encarnación humana.

El verdadero motivo del éxodo se desconoce; pero teniendo en consideración que se trataba de grupos bárbaros y belicosos que se arriesgaban a penetrar en territorios poblados por Estados ya fuertes y bien organizados, podemos afir-

mar que se debió posiblemente a causas de carácter económico y no a la presión de otras tribus más bárbaras y belicosas.

Los mexicanos se decían originarios de siete calpulli —grupos sociológicos y políticos con posible división territorial en su origen—, y conservaron en la peregrinación su separación natural; los historiadores nos los presentan con los nombres de yopicas, tlacochcalcas, huitznahuacas, cihuatepanecas, chalmecas, tlacatepanecas e itzquitecas (Tezozómoc, 1944, p. 8). Cada uno de dichos calpulli llevaba su dios particular, pero todos adoraban a Huitzilopochtli y lo tenían por superior a los demás. La división se conservó hasta el final, aunque por posibles divisiones o anexiones de otros calpulli extraños, se contaban quince en Coatépéc (Tezozómoc, 1949, p. 32) o veinte a la fundación de la ciudad de México.

Caso ha escrito que “la organización social y política de los aztecas en esta época es una organización tribal que parece fundada esencialmente en lazos de parentesco” (1954, página 18). Es preciso ahondar un poco más: En contra de lo afirmado que en un principio venían guiados por un rey, Mexi Chalchiuhtlatónac (Tezozómoc, 1949, p. 23), otras fuentes nos dicen que, como gente de bajo linaje, se regían por capitanes y no traían Señor (Origen de los mexicanos, 1941, p. 265 y Relación de genealogía..., 1941, p. 248). Durán afirma que cada uno de los siete calpulli venía dirigido por un caudillo (1951, t. I, p. 222), encargado probablemente sólo del gobierno interno del grupo, o tal vez, todos ellos en unión, en la solución de problemas urgentes que se le presentaran a la tribu. Aparte de los siete caudillos, la dirección central estaba encomendada a los llamados teomamaque o cargadores del dios, sacerdotes que llevaban a cuestas la imagen de Huitzilopochtli, e interpretaban sus mandatos, ya que, según las crónicas, éste se presentaba en la noche para aconsejarles lo que debían hacer, siendo tan grande su autoridad que, como dice el Códice Ramírez, “no se movían un punto sin parecer y mandato de este ídolo” (1944, p. 24). Todavía, como superiores a estos cuatro teomamaque, se habla de dos “Sumos Supremos” (Torquemada, 1944, t. I, p. 78), o de tres capitanes (Historia de los mexicanos por sus pinturas, 1941, p. 224), a los que creemos simplemente caudillos de calpulli o teomamaque que se distinguieron por sus cualidades personales. Uno de los sacerdotes, sin embargo, parece haber



tenido predominio sobre los otros tres, ya que la Crónica Mexicáyotl dice:

...ipan compehualti in tecayacanalizyotl
in teomama initoca Cuauhtlequezqui.

...entonces empieza la dirección de los hombres
el sacerdote cargador de dios, llamado Cuauhtlequezqui.

Inic quin yacan Mexica (Tezozómoc, 1949, pp. 36-37).

Así dirige a los mexicanos.

El verbo yacana, que hemos traducido como dirigir, viene de la palabra yácatl, nariz o punta, de donde deducimos la función gubernamental que ejercían los teomamaque, únicamente de elección de los lugares en que descansarían o poblarían, el tiempo de abandonarlos, la dirección que tomarían, decisiones que vemos tomar durante el éxodo. El gobierno interno de los calpulli correspondía a los siete caudillos, o por mejor decir, a los caudillos de cada uno de los calpulli.

No existía, por lo tanto, un verdadero poder central que los ligara estrechamente en el plano político. En el religioso la unión era grande, pero no lo necesario para mantener en concierto a los diferentes calpulli. El gobierno de caudillos, que les había sido favorable antes de la peregrinación o en la primera etapa de ésta, no alcanzaba a sujetar los diversos intereses ante el cambio de condiciones geográficas, y los teomamaque eran insuficientes, aún con su fuerte influencia, para evitar intrigas y divisiones. La tribu era incapaz de hacer frente a los problemas que se le presentaban en su calidad de grupo extraño que, después de haber abandonado regiones estériles, se encontraba en la fértil tierra del Valle. Muchos no contaban con el peligro de un establecimiento fácil, embriagados en las delicias de sus nuevas poblaciones. Otros, tal vez, se habían dado cuenta de la necesidad de unificar el poder y pretendían alcanzarlo. Los teomamaque, en vez de tratar de solucionar los problemas que los desconformes presentaban, por medio de medidas políticas, engreídos por la fuerza religiosa que ejercían sobre todo su conglomerado, acudieron a ella, prefiriendo la forma simple y radical de terminar las controversias por medio del abandono de los rebeldes —caso de Malinalxóchitl (Veytia, 1944, t. I, pp. 292-293)— o del asesinato colectivo —como ocurrió en Coatépéc (Durán,



1951, t. I, pp. 24-26)—, justificando sus actos por los consejos recibidos de Huitzilopochtli, o haciéndolo intervenir directamente en la muerte de los que transgredían sus determinaciones.

Si su vida pasada, como se afirma, había sido sedentaria, o si por el contrario, su nomadismo se refería a incursiones de caza y recolección periódicas, había creado una estructura que fue suficiente durante las primeras décadas; pero que después constituyó un lastre al desenvolvimiento en diferentes situaciones, e impidió la coordinación interna, no obstante que militarmente, en sus choques con pueblos de escasa organización, había presentado resultados favorables.

Al penetrar en la tierra de los tepanecas y culhúas, comprendieron por fin la necesidad de organizarse, cuando menos militarmente, bajo el poder de un mando supremo, y eligieron como capitán a Huitzilíhuítl, hijo, según parece, de Cuauhtlequezqui (Historia de los mexicanos por sus pinturas, 1941, p. 224), o emparentado con los xaltocamecas, como dicen los Anales de Cuauhtitlan (1945, p. 18), el que se dedicó a fortalecer la población que habían fundado en Chapultépec, y a organizar a la tribu para su defensa (Durán, 1951, t. I, 27-28).

El resultado de su nueva forma de gobierno fue desastroso, ya que no pudieron resistir las fuerzas de los ejércitos culhúas, quienes cautivaron y mataron a su primer jefe militar. Después de este fracaso, una vez libres de Culhuacan, no volvieron a intentar otro experimento, y continuaron, hasta la llegada a Mexico-Tenochtitlan, con la forma original de gobierno.

CULHUACAN. El momento de la muerte de Huitzilíhuítl inicia una etapa decisiva al posterior nacimiento y desenvolvimiento de la Constitución mexicana. Culhuacan era heredera de la vieja cultura tolteca, y se gobernaba por descendientes del propio Quetzalcóatl Topiltzin (Clavijero, 1945, t. I, p. 183), el célebre sacerdote tolteca. Los mexicanos fueron reducidos a servidumbre, pero con derechos de comercio dentro de la metrópoli de los culhúas (Código Ramírez, 1944, p. 33), y con libertad, según algunas fuentes (Durán, 1951, t. I, p. 32, y Código Ramírez, 1944, p. 33), de emparentar con ellos por medio de matrimonios. Con libertad o sin ella, lo cierto es que pronto el pueblo cautivo empezó a mezclarse

con su cautivador, al mismo tiempo que aprendía sus costumbres, y fingía olvidar las propias, hasta el punto de ocultar la imagen de Huitzilopochtli (Relación de genealogía..., 1941, p. 249). La transculturación se desarrolló, pues, por medio de la influencia familiar. Laurette Séjourné dice al respecto: “Únicamente por medio de rasgos dispersos al azar podemos imaginar cómo esas diversas poblaciones de cazadores primitivos se posesionaron poco a poco de la rica tradición que impregnaba la comarca entera. Parece que la transmisión se operó principalmente a través de las mujeres pertenecientes a la civilización disgregada, que los recién venidos tomaron como esposas o como educadoras de sus hijos” (1957, p. 27).

La afinidad étnica y lingüística hizo más fácil el complicado proceso, aunque no hemos de creer que la transculturación fue en modo alguno absoluta. Los rasgos nómadas de los mexicanos eran todavía tan marcados que les hicieron posible el destierro de Tizaapan —lugar en que los tenían recluidos los culhúas— y con éste la prosecución de su peregrinar.

El gran paso ya estaba dado. Aparentemente, después de ser despedidos de las tierras de Culhuacan, volvieron con normalidad a su vida anterior; pero hay que tener en consideración que su seminomadismo, en el que se alternaban etapas más o menos grandes de estancia pacífica en poblaciones que para su descanso fundaban, con etapas de continuo viaje, no se prestaba a la conservación de fuertes tradiciones —con excepción de las religiosas— que pudiesen haber traído de su lugar de origen. Las condiciones geográficas cambiaban en cada instante; los contactos con pueblos diversos, ya fuesen amigables u hostiles con la tribu, tuvieron por necesidad que dejar profundas huellas; su economía inicial de cazadores recolectores (Tezozómoc, 1949, p. 18) se alteró cuando, en sus descansos, se iniciaron en el arte de la agricultura; sus fracasos políticos contrastaron con la organización de los cultos culhúas, que ellos muy bien pudieron observar y comprender durante el cautiverio; el orgullo nacional los unía frente a los demás pueblos, pero el de calpulli los distanciaba entre sí; todo esto contribuyó a formar hombres modelables en su posterior organización en todo lo que no se relacionara con su culto y con su esperanza de dominar el mundo circundante.



En estas condiciones aquel pueblo seminómada, en vías de una transculturación mucho mayor, llegó por fin al lugar que por mandato de sus sacerdotes había de ser su asiento definitivo.

B) FUNDACIÓN DE MÉXICO-TENOCHTITLAN. SUJECCIÓN A LOS TEPANECAS

Desde la inicial división de Mexico-Tenochtitlan, aproximadamente en 1321, parece existir el sincretismo en el pensamiento de sus fundadores. En el centro de lo que había de ser su ciudad se erigió el humilde templo a Huitzilopochtli, y en él se unieron los vértices de las cuatro divisiones mayores, los campan denominados Moyotlan, Teopan, Atzacualco y Cuepopan (Tezozómoc, 1949, pp. 74-75), repartiéndose entre ellos los calpulli fundadores, que llevaron consigo sus calpulteteo o dioses particulares. La separación en cuatro grandes porciones, que tanto sirvió posteriormente a la administración estatal, fue el reflejo del universo concebido por el pensamiento tolteca. La división en calpulli, por otro lado, conservaba la tradición que regía a la tribu antes de su peregrinación, y también desempeñó un papel importantísimo en el posterior desenvolvimiento constitucional, ya que aquellos núcleos conservaron, hasta la caída de Mexico-Tenochtitlan, un gobierno independiente en varios aspectos.

La distribución de las tierras que corresponderían a los diversos calpulli fue hecha por los cuatro que tenían más fuerza, ya que, según afirma Acosta, Huitzilopochtli dijo a su pueblo que “cada principal barrio de los cuatro nombrase y señalase otros barrios particulares, donde aquellos Dioses fuesen reverenciados” (1894, t. II, p. 258). Esto es, que habiéndose dividido en cuatro partes que correspondían a cada campan, posiblemente los calpulli de más fuerza física o moral fueron los que se consideraron aptos para señalar los límites a los más débiles.

La distribución, necesariamente, como basada en un sentimiento de autoridad que no se había fundamentado, produjo la inconformidad en algunos de los orgullosos calpulli que, abandonando a sus hermanos, fueron a buscar dentro de la misma laguna otro lugar para establecerse, y, una vez encontrado, fundaron la ciudad de Mexico-Tlatelolco.



La situación era precaria. Habían escogido un lugar difícilmente vulnerable en caso de guerra, ya que era pesado atravesar el lago y llegar a Tenochtitlan en son de ataque; pero los medios de vida no eran suficientes. La piedra y la madera no bastaban siquiera para levantar el templo de Huitzilopochtli. Por otro lado, la isla era el punto en que se unían los límites de los fuertes culhuáas, acolhuacanos y tepanecas. Podían sujetarse de manera absoluta a estos últimos, ya que su capital, Azcapotzalco, era la más próxima. Esto implicaría la desaparición de sus sueños de conquista; pero daría como ventaja la ayuda económica y la protección del Estado más fuerte de los que rodeaban su naciente ciudad. La solución tenía que venir de todo el pueblo, y así, congregados, acordaron que no era digno someterse de manera absoluta —entretenerse, como dijeron textualmente— a los tepanecas (Códice Ramírez, 1944, pp. 38-39). El problema más urgente era la adquisición de alimentos, piedra y madera, ya que la situación estratégica de la ciudad y la fama guerrera de sus habitantes los protegería por algún tiempo. Podían, mientras tanto, aprovechar sus recientes conocimientos de pesca, y comerciar con los pueblos vecinos.

Distraídos y satisfechos con sus nuevas ocupaciones, duraron algunos años conservando la independencia interna primitiva, aunque tributando a los tepanecas. El desarrollo paralelo de sus hermanos los mexicanos tlatelolcas y el peligro de los ataques de sus comarcas, pronto hicieron que recordaran aquella misión de conquista que les había encomendado Huitzilopochtli, y volvieron a consejo para decidir lo que habrían de hacer, aproximadamente por el año de 1352.

PRIMER TLATOANI. El ejemplo de Culhuacan hizo que se atrevieran a pretender un régimen similar, que remediara la separación de tenochcas y tlatelolcas, ya que, como dice el Códice Ramírez, un Tlatoani podría tener sujetos a ambos pueblos (1944, p. 40). Necesitaban, ante todo, encontrar un individuo en el que se unieran el linaje mexicano y la estirpe del gran sacerdote Topiltzin Quetzalcóatl, o cuando menos ese requisito decían haber establecido. En Culhuacan —nos cuentan— habían dejado a Acamapichtli, hijo del mexicano Opochtli y de la princesa culhuá Atotoztli (Clavijero, 1945, t. I, p. 240).



Habiéndolo acordado todo el pueblo, fue electo aquel joven educado en la corte de los culhúas. Los mexicanos entroncaron entonces —o cuando menos así pudieron afirmarlo— con uno de los pocos pueblos que podían jactarse de haber adquirido su cultura directamente de la desaparecida Tollan.

Dice el Códice Florentino:

Inic ce Mexico Tlatoani.

Acamapichtli achto compehualti

tlatocat in Tenochtitlan;

compoalxihuitl once

ihuian iocoxca in catca.

Ayatle yaoyotl ipan mochiuh

(1954, p. 1).

Primer Tlatoani de Mexico.

Acamapichtli fue el primero que empezó

el señorío de Tenochtitlan;

por vetintiún años

todo estuvo pacífico, tranquilo.

Aún no se hacía la guerra.

Tlatoani, que creemos deber dejar sin traducción, y que significa “el que habla”, fue el título que recibió Acamapichtli, igual al que tenían en todos los pueblos de la época, y que los españoles tradujeron como “Rey”.

Los resultados inmediatos que se esperaban no llegaron a realizarse. Ya había transcurrido mucho tiempo de la separación, y los tlatelolcas no estaban dispuestos a aceptar un gobierno que les ligara a sus antiguos hermanos, prefiriendo acudir a los tepanecas para pedir al Tlatoani de Azcapotzalco uno de sus hijos para que los gobernara, siendo su primer monarca Cuacuauhpitezahuac (Torquemada, 1944, t. I, pp. 97-98).

Por otra parte, los tepanecas no vieron con buenos ojos la elección de Acamapichtli, y uniendo su recelo por el desarrollo mercantil de los mexicanos a la falta que habían cometido de elegir Tlatoani sin su consentimiento, acordaron agravarles el tributo, tanto para empobrecerlos como para provocar la guerra (Clavijero, 1945, t. I, p. 242).

Acamapichtli, aconsejado por los sacerdotes, que todavía en su tiempo seguían interpretando los deseos de Huitzilopochtli (Torquemada, 1944, t. I, p. 100), mantuvo una posición sumisa, pues comprendía que nada podía hacer aún el pueblo mexicano, y mientras tanto se ocupó de mejorar las condiciones económicas de su ciudad por medio de acequias y calles que facilitarían el transporte de las mercancías.

Hancuéitl, la dama de Culhuacan que habían pedido los mexicanos para fortalecer más la descendencia de Quetzal-

cóatl, fue estéril. Cada jefe de calpulli, queriendo ligarse a su vez con la noble línea, dio al Tlatoani una de sus hijas, y lo mismo hicieron los cuatro teomamaque (Códice Ramírez, 1944, p. 42), naciendo de ellas todos los pipiltin —división social de la que hablaremos más adelante—.

Durán dice que a su muerte, el Tlatoani no señaló a ninguno de sus hijos por heredero, dando libertad al pueblo para que eligiese (1951, t. I, p. 52). Fuera esto, o fuera el deseo de independencia que aún conservaban los jefes de los calpulli y los teomamaque, así se originó una de las principales variaciones al gobierno tradicional de los pueblos nahuas contemporáneos: la elección del Tlatoani.

SEGUNDO TLATOANI. La elección no fue inmediata a la muerte de Acamapichtli. Tal vez el problema que los detenía era determinar la manera como sería nombrado su sucesor. Cuatro meses después (Clavijero, 1945, t. I, p. 245), viendo la necesidad de un gobernante que resolviera el peligro del cierre de caminos, de los que traía su único sustento debido a la falta de tierras laborables (Códice Ramírez, 1944, pp. 50-51), acordaron reunirse los principales de la ciudad para elegir Tlatoani. En ese momento aparece una reforma a las costumbres tribales. Torquemada sólo dice que la elección se hizo habiéndose reunido “los más Ancianos del Pueblo, y Señores particulares de la Ciudad” (1944, t. I, p. 101); Tezozómoc habla de la reunión de los “principales viejos y sacerdotes. . . de los cuatro barrios” (1944, p. 19); pero Durán dice claramente que la decisión la dieron los representantes de los cuatro barrios (1951, t. I, pp. 53-55). Los cuatro campan se imponían a los calpulli independientes. Sobre la organización primitiva se estaba tejiendo la red de la estructura estatal, respetando el funcionamiento interno de los grupos iniciales, pero apartándolos de la directa intervención en el gobierno del naciente Estado. Participarían los caudillos de calpulli en las elecciones; pero ya no serían ellos los que diesen el voto final. El pueblo ni siquiera presenció la deliberación; esperó fuera y, cuando fue avisado de la elección del nuevo Tlatoani, se limitó a dar su aprobación (Códice Ramírez, 1944, pp. 47-48).

El electo fue Huitzilíhuitl, hijo de Acamapichtli y de una hija del teomama Cuauhtlequezqui, entre seis candidatos hermanos suyos (Durán, 1951, t. I, p. 49).

La religión de los mexicanos, a pesar de la transformación que sufría con el influjo de las ideas de los demás pueblos nahuas, continuaba colocando a Huitzilopochtli en la cumbre de su culto, y Huitzilíhuítl se convirtió en la imagen representativa del dios, ocupando su lugar en el trono (Clavijero, 1945, t. I, p. 246), al igual que lo había hecho su padre (Durán, 1951, t. I, p. 46).

Ya habían comprendido los mexicanos el gran error de no haber buscado con anterioridad el apoyo de los tepanecas. Siendo el Estado más peligroso que los rodeaba, de Azcapotzalco dependía el florecimiento de su comercio. Ahora era la ocasión de congraciarse, y optaron por pedir a Tezozómoc, su Tlatoani, una de sus hijas para esposa de Huitzilíhuítl (Tezozómoc, 1944, p. 20). Ayauhcíhuatl, que fue la elegida, una vez desposada con el mexicano, intervino por su nuevo pueblo ante su padre, y los tributos fueron reducidos a un simple reconocimiento de la autoridad de los tepanecas (Código Ramírez, 1944, p. 49). Todo parecía satisfactorio; pero desde entonces Maxtla, el hijo de Tezozómoc, empezó a ver con peligro para su sucesión la unión de las dos familias (Clavijero, 1945, t. I, 253).

Los mexicanos habían encontrado una manera fácil de ir mejorando sus situaciones económica y política. Carecían de algodón, y éste se encontraba en abundancia en las tierras de Cuauhnáhuac. Nada más sencillo que pedir al Tlatoani Ozomatintecuhtli una de sus hijas para Huitzilíhuítl. Pero si para los tepanecas los mexicanos eran un peligro cercano, aunque latente, para los cuahnahuacas constituían sólo un pueblo salvaje y pobre. La petición fue negada; mas lo que no se obtuvo por la diplomacia se logró con la guerra, haciendo Huitzilíhuítl esposa suya a la hija del orgulloso Tlatoani (Tezozómoc, 1949, pp. 90-95). Torquemada nos dice que desde ese tiempo “los Mexicanos comenzaron á vsar Ropa Blanca, de Algodón” (1944, t. I, p. 104).

El antiguo Culhuacan iba en decadencia; era la oportunidad para unir en forma definitiva el linaje y la gloria de Quetzalcóatl con el naciente Estado. Según los Anales de Cuautitlan, el pueblo culhúa empezó a dispersarse sin Tlatoani, y Mexico-Tenochtitlan envió gobernantes que lo sujetaran, en tiempos de Acamapichtli (1945, p. 32). Pero otra es la versión del Código Florentino:

Huitzilihuitl ic ome
tlatocat in Tenochtitlan,
cempoalxihuitl once.
Yehuatl quipehualti in yaoyotl;
quinpeuh in Colhoacan tlaca
(1954, p. 1).

Huitzilíhuitl fue el segundo
que señoreó en Tenochtitlan,
por veintiún años.
El hace empezar la guerra;
conquista a los hombres de Culhua-
can.

De una forma u otra, quedaron unidos desde entonces los restos de aquel culto pueblo con los mexicanos de Tenochtitlan.

Por otro lado, siguiendo el intento de emparentarse con las principales naciones de su tiempo, Huitzilíhuitl casó a su hermana con el Tlatoani de Acolhuacan, Ixtlilxóchitl (Veytia, 1944, t. I, p. 582); lo cual no le impidió que al iniciar su suegro Tezozómoc la guerra contra dicho Tlatoani, forzado el mexicano por la cercanía, vasallaje y parentesco, se uniera al tepaneca para destruir la monarquía acolhuacana (Clavijero, 1945, t. I, p. 255).

En estas condiciones lo sorprendió la muerte, habiendo dado a su pueblo nuevas leyes, principalmente en lo referente al culto religioso y a la organización del ejército, que empezó a adiestrarse en ejercicios lacustres, ya en espera de que a la muerte de Tezozómoc, su hijo Maxtla cambiara las relaciones políticas que su padre había mantenido.

TERCER TLATOANI. La elección de Tlatoani recayó en Chimalpopoca, hijo del pasado y nieto de Tezozómoc (Códice Ramírez, 1944, p. 5). Con esto creyeron asegurarse los mexicanos el apoyo de los tepanecas, que reclamaban en ese tiempo la descendencia de Xólotl (Ixtlilxóchitl, 1952 a, p. 146), gobernante chichimeca que se había adueñado de la mayor parte de las tierras del Valle, y cuyo legítimo sucesor era el Tlatoani de Acolhuacan.

La guerra por el título de descendencia se inició. Las fuerzas de los tepanecas y las intrigas de Tezozómoc fueron suficientes para sublevar a los pueblos sujetos a los acolhuacanos y derrotar a Ixtlilxóchitl. Al vencer, el tepaneca se colocó a la cabeza de todos los pueblos que antes pertenecían a aquél, formando una alianza tripartita con su nieto Chimalpopoca y el Tlatoani de Mexico-Tlatelolco, pero dejando la capital en Azcapotzalco (Clavijero, 1945, t. I, p. 263). Esta alianza

no liberó del reconocimiento y tributo a los mexicanos, aunque tuvieron con ella grandes beneficios económicos.

A la muerte de Tezozómoc, Tayáuh sucedió en Azcapotzalco. Maxtla, que sabía que era suficientemente fuerte para oponerse a su hermano, inició las hostilidades contra él. No era un político; su poder lo impulsaba a obrar por medios más radicales. Tayáuh, Chimalpopoca y Tlacatéotl, este último de Tlatelolco, estorbaban a sus planes de gobierno, y los tres fueron muertos. Quedó solo al frente de un vasto territorio, sin necesidad de aliados que lo sostuvieran en el poder. Los mexicanos volvieron a la situación de sujeción que tenían antes de que Tezozómoc, por petición de su hija, les redujera el tributo.

C) INDEPENDENCIA. LA TRIPLE ALIANZA. TLACAELEL. LA GUERRA FLORIDA

CUARTO TLATOANI. A la muerte de Chimalpopoca fue electo Tlatoani de Tenochtitlan, Itzcoatl, hijo de Acamapichtli y de una esclava, y cuñado del legítimo heredero del trono de Acolhuacan, Nezahualcóyotl (Códice Ramírez, 1944, p. 57), en aquel tiempo despojado de su poder por Maxtla.

La primera ocupación del nuevo monarca fue la preparación de la guerra. El tepaneca había negado el trato comercial a los tenochcas en sus dominios, y los había privado del agua y del uso de los montes que Tezozómoc les había concedido (Códice Ramírez, 1944, p. 56), motivando una situación que, de prolongarse, pondría en grave peligro la economía mexicana, más cuando los tributos aumentaban. La muerte de Chimalpopoca estaba reciente, y ya Nezahualcóyotl empezaba a intentar la recuperación de su trono (Ixtilxóchitl, 1952 b, pp. 145-146). Era el momento de iniciar las hostilidades.

La historia nos empieza a hablar en esta etapa de la participación de los pipiltin en las decisiones del Estado, a quienes señala como “los hijos de Acamapichtli y Huitzilíhuilit que quedaron” (Tezozómoc, 1944, p. 27), colocándolos al lado de los caudillos de calpulli en el momento de tomar el acuerdo de pedir al Tlatoani de Azcapotzalco su decisión sobre la situación definitiva que guardaría con Tenochtitlan. En este momento empezamos a tener conocimiento de las acciones de



un valiente joven, hermano de Motecuhzoma Ilhuicamina, que intervino para hacer que los pipiltin rectificaran el acuerdo de someterse a los tepanecas, y que personalmente fue a Azcapotzalco a llevar la orgullosa propuesta de paz sin sujeción o guerra. Su nombre era Tlacaélel, genio político que inició la reforma estatal al terminar las hostilidades. La respuesta fue de guerra.

El pueblo temía la contienda, porque juzgaba muy grande el poderío de los tepanecas. Los pipiltin —y no la clase guerrera como afirma Chavero (sin fecha, p. 491)— se vieron forzados a tomar la responsabilidad en los resultados de la lucha, comprometiéndose en el famoso “pacto de Itzcóatl”, por medio del cual, en caso de ser vencidos, se entregarían a la gente común para que los sacrificase; pero en caso de vencer, ésta se comprometía a su vez a servirlos, contando a sus descendientes (Clavijero, 1945, t. I, 295). No fue, como pudiera creerse, una guerra que sólo los pipiltin sostuvieron; ellos decidieron y dirigieron las batallas ocupando los lugares más difíciles; pero también muchos macehualtin participaron, y algunos de ellos merecieron las recompensas que después se verán. Simplemente los primeros habían hecho frente a la responsabilidad como naciente clase en el poder.

En Acolhuacan, a pesar de los esfuerzos de Nezahualcóyotl, no se había podido recuperar la mayor parte de los señoríos, y ya los mismos capitanes del ejército empezaban a pasarse a las fuerzas de Maxtla (Ixtlixóchitl, 1952 b, p. 149). La alianza de acolhuacanos y tenochcas era forzosa, y se unieron y pactaron en Mexico-Tenochtitlan, ciudad de cuya suerte dependía el éxito de la campaña (Clavijero, 1945, t. I, p. 292).

La guerra se ganó por el ejército aliado, y con la victoria, con el feliz resultado que demostraba la capacidad gubernamental de los pipiltin, los macehualtin ratificaron el pacto, jurando guardarlo perpetuamente (Códice Ramírez, 1944, p. 64).

LA TRIPLE ALIANZA. Ante el poderío alcanzado por México-Tenochtitlan y Acolhuacan a la derrota de Azcapotzalco, era necesario cimentar con un tratado la situación de preeminencia. Los tepanecas, aunque vencidos, representaban un grave peligro para las dos nuevas cabezas del Valle. En Tlacoapan gobernaba un nieto de Tezozómoc, llamado Totoquihuatzin, que, por posibles dificultades con su tío Maxtla o por convenio secreto con los aliados, no había participado en la



lucha (Torquemada, 1944, t. I, p. 144). El podía ocupar el trono de los tepanecas mientras conservara una situación de inferioridad frente a los vencedores, ya que a ellos debía su existencia y no eran grandes sus fuerzas (Orozco y Berra, 1880, t. I, p. 363).

Por otro lado, parece haber existido desde tiempos muy remotos la costumbre de formar alianzas tripartitas o cuatripartitas entre Estados poderosos. Entre las segundas podemos citar el conocido caso de Tlaxcallan; de las primeras nos habla Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin:

X acatl xihuitl, 1047 “años”, ipan in oncan chiucnauhpo <u>hualli</u> ipan matlactl once xihuitl quichihuaco inic excan tlahtoloc.	En el año diez caña, 1047, por ciento noventa y un años se constituyó el lugar del mando tripartita
Culhuacan, ihuan Tollan, ihuan Otumpa.	en Culhuacan, Tollan y Otompan.
Oncan in ipan pollihuico, omoteneuh xihuitl,	Cuando se vino a perder, (cuando) se afamó el año (por sus desgracias),
in oc occan tlahtolloyantli	continuó el lugar del mando por segunda vez
oncan in Tullan ihuan Otumpa.	en Tollan y en Otompan.
Auh in Culhuacan zan ye oc on- can tlahtolloyan mochiuh.	Y en Culhuacan permaneció el lu- gar del mando.
Amo huel polih.	No se perdió completamente.
Aun zan niman ipan inin omote- neuh xihuitl,	Y cuando se manifestó (otro) año,
nicuelle oncan hualmicuani in tlahtoloyantli	cuando se hizo la mortandad en el lugar del mando
in oc occan in Tullan,	por segunda vez en Tollan,
ipatca mochiuh in Cohuatlinchan	se hizo su sustitución en Cohuatl- inchan
oncan hualmicuani.	cuando ahí (a Tollan) llegó la mortandad.
Auh in Otumpa ipatca mochiuh in Atzcaputzalco	Y la sustitución de Otompan se hi- zo en Azcapotzalco
oncan hualmicuani.	cuando ahí (a Otompan) llegó la mortandad.
Ic occan tlahtolloyan mochiuh yancuican inic excan	Por segunda vez se constituyó el lugar del mando tripartita,

tlaholloyan mochiuh Culhuacan, (por segunda vez) se hizo el lugar del mando en Culhuacan,
inic tlatzontequia tlatohque “justi- donde juzgaban los jueces con justicia”,
monanamiquiaque ca huicaya in donde llevaban para que conocieran (los asuntos) de los que estaban incurriendo en penas,
quimatia, o (asuntos) de guerra,
in azo yaoyotl, o algún hecho para que lo juzgaran
in anozo cequi tlamantli in con rostros de viejos.
tlein huehueixtica quitzontequia
(1958, pp. 14-15).

La confederación se originó, pues, entre los dos vencedores y el Tlatoani de Tlacopan —aproximadamente en 1431—, y siguió firme hasta la caída de los tres Estados. Su origen fue un tratado celebrado en igualdad de condiciones por Mexico y Acolhuacan, aun cuando el orgullo nacional de ambos pueblos sostuvo después una causa diferente. Los dos legaron a la historia el relato de una guerra que jamás existió, y en el cual ambos se presentan como vencedores, perdonando al contrario y concediéndole casi igualdad de situación frente a su magnánimo aliado (Código Ramírez, 1944, pp. 77-78 y 173-174. Torquemada, 1944, t. I, p. 175. Tezozómoc, 1944, pp. 74-76. Ixtlilxóchitl, 1952 b, pp. 161-164. Durán, 1951, t. I, pp. 126-128).

Los Tlatoque recibieron los títulos de Culhúa Tecuhtli el mexicano, Acolhúa Tecuhtli y Chichimeca Tecuhtli el tezcocano, y Tepanécatl Tecuhtli el de Tlacopan (Ixtlilxóchitl, 1952 b, p. 154). En estos títulos de los dos primeros se ve la idea de la doble legitimación: Nezahualcóyotl era Tlatoni por ser sucesor de Xólotl, quien se había adueñado de las tierras del Valle, transmitiéndolas a sus descendientes; por esto se hacía llamar Chichimeca Tecuhtli. Itzcóatl mostraba su linaje culhúa, como afirmando la calidad de su dictado al descender del sacerdote Quetzalcóatl, representante del gobierno teocrático de Tollan. Totóquihuatzin encontró sólo la justificación de un breve término de poder, ilegítimo, que creó su abuelo y no alcanzó a sostener su tío: era el Tepanécatl Tecuhtli, el que podía aplacar a un pueblo aguerrido.

Dos fueron los puntos claves del tratado de la confederación: el primero, la alianza perpetua entre los tres Estados, para la conservación del predominio político y económico;



segundo, ofensivas militares en conjunto para terminar de sujetar a los rebeldes e iniciar una serie de conquistas en las que, según unos, dos quintas partes corresponderían a los vencedores de la última guerra y una al tepaneca (Motolinía, 1903, p. 355. Ixtlilxóchitl, 1952 b, p. 154), y según otros, una quinta parte al tepaneca, cuatro quinceavas al tezcocano y ocho quinceavas al mexicano (Torquemada, 1944, t. I, p. 146. Clavijero, 1945, t. I, pp. 307-308). En cuanto a la dirección en la guerra, el Códice Florentino nos dice lo siguiente:

<p>Auh in ye yuhqui in otecencauh Tlatoani in tiacauh, in yuh oquichih, niman quinnahoatia, in Tlatoani, in ixquichtin calpixque inic intlatqui yetiaz, in ixquich tlazotlanqui, tlahuiztli, ihuan in izquich tlazotilmatli, in umpa yáuc, in quinmacaz, in quintlahutiz in Tlatoani, in ixquichtin Tlatoque, ihuan in pipilti, ihuan in tiaca- huan, in oquichtin, in yautehuatoque, in vuhqui ocelotenanti, cauhtenan- ti mochiuhtoque. Ihuan in Tlatoani achto quinnotza in Tlatoani Tetzcuco, ihuan Tlaco- pan, in ixquich chinampanecatli in Tla- toque; quinaquitia, ainic yautlatoa, inic polihuiz ce altepetl. Quintlauhtia, in ixquich tlazo- tilmatli ihuan quinmaca in ixquich tlazo- tlanqui tlahuiztli (1954, p. 52).</p>	<p>Una vez que el Tlatoani (de Me- xico) había aparejado a los hombres valientes, a los oquichtin (cuerpo militar), entonces ordenaba a todos los calpixque (funcionarios fiscales) que aparejaran sus ata- víos, todas las cosas preciosas, las armas, y todos los mantos preciosos, al lugar de la guerra, donde daría, armaría el Tlatoani, todos los Tlatoque (aliados), y a los pipiltin, y a los hombres valientes, a los oquichtin, a los yautehuato- que, a los que formaban como una al- barrada de ocelotes, como una albarrada de águilas. Y el Tlatoani primero convocaba al Tlatoani de Tezcoco y al de Tlaco- pan, a los Tlatoque de los pueblos de las chinampas; les hacía oír, les hablaba de guerra, de cómo perecería un pueblo (ene- migo). Los armaba, les daba todas las mantas preciosas y todas las insignias preciosas.</p>
---	--

De lo anterior se deduce que el Tlatoani tenochca, una vez acordada la guerra, dirigía todo lo relativo a la campaña, y aparte distribuía los bienes que de sus dos aliados estaba posesionado, según se verá al hablar de la organización fiscal.

Pomar afirma que “ninguna guerra nueva se intentaba jamás más sin consulta de todos tres reyes” (1941, p. 34), y Tezozómoc nos dice que en tiempos de Motecuhzoma Xocoyotzin fue necesaria la presencia de los dos aliados de Mexico para iniciar la guerra contra Huexotzinco y Tlaxcallan (1944, p. 469). Creemos que esto sólo se refería a las grandes campañas, porque otra fuente de gran importancia señala que se tuvo que hacer la guerra a los atenchicalcas sin consultar a Tezcoco y Tlacopan, ya que las tierras por conquistar no eran suficientes para los tres (Anales de Cuauhtitlan, 1945, p. 51). Zurita y Torquemada, por otro lado, afirman que ciertos pueblos tributaban a los tres aliados, mientras que otros sólo a uno, por suerte; pero excluyendo a los que había ganado cada uno de los tres sin participación de los dos; restantes (1941, p. 74; 1944, t. I, p. 175).

La dirección en el campo de batalla presentaba una gran ventaja económica para el ejército mexicano, que casi siempre tomaba la delantera (Tezozómoc, 1944, p. 430) con el objeto de tener más oportunidad de participar en el botín, basándose también en el derecho que le concedía su mayor esfuerzo realizado. Mediante esta facultad y la de hacer guerras con independencia de sus aliados, pronto se vio Tenochtitlan en una posición muy superior a los otros dos, tanto en el plano económico como en el político.

En el transcurso de la historia se ve a los Tlatoque participar mutuamente en el gobierno interno de sus Estados. Esto no implica, como se ha afirmado (Esquivel Obregón, 1937, t. I, p. 235), que jurídicamente no existiese independencia en sus regímenes interiores. Al necesitarse el concilio de los tres Tlatoque para la resolución de los asuntos relativos a una de sus principales ocupaciones, la guerra, era natural que interviniesen en problemas de carácter interno que desembocaban en la realización del fin que a los tres atañía; pero nunca, dentro del plano jurídico, con poderes de forzoso acatamiento.

La confirmación del Tlatoani en el momento de su coronación, puede considerarse como un acto ceremonial o como una renovación del pacto inicial de la triple alianza. De he-

cho, la influencia de los dos Tlatoque que participaban en la confirmación era notable, más o menos según la situación política del momento. Zurita nos dice que tenían poder de anular la elección en caso de irregularidad en su curso (1941, p. 75). Tal caso no sabemos que se haya presentado.

Con el estrechamiento posterior de las relaciones entre los tres Estados, parece haber existido la costumbre de dar la sucesión en los tronos de Tezcoco y Tlacopan a los hijos que el Tlatoani anterior hubiese tenido con mujeres mexicanas, siempre que fuesen sus esposas principales (Zurita, 1941, p. 74). Esta medida política demuestra que Mexico-Tenochtitlan iba colocándose con el tiempo a la cabeza de la triple alianza; pero dudamos que en el momento del tratado se haya previsto la situación aludida.

No lo dice claramente la historia, pero podemos afirmar que sí incluyó dicho pacto la ayuda económica mutua en casos normales y de calamidad. Se ve con posterioridad al Tlatoani de Mexico pedir auxilio a sus aliados para la erección del templo de Huitzilopochtli (Clavijero, 1945, t. I, p. 316), o para la construcción del acueducto proveniente de Chapultépec (Anales de Cuauhtitlan, 1946, p. 53), mientras que el de Tezcoco pide al primero le facilite artesanos con el objeto de dar más poder industrial a su ciudad (Ixtililxóchitl, 1952 b, p. 152).

Habiendo señalado los principales puntos de la triple alianza, concluimos que era una confederación de Estados, si por ella entendemos “una unión de Estados soberanos fundada en un tratado internacional y en la que por lo menos ciertos asuntos políticos están regulados por órganos comunes” (Verdross, 1955, p. 272). Tlacopan, el Estado más débil, conservó el pleno dominio de regulación interna (Clavijero, 1945, t. IV, p. 363). El órgano común que resolvía determinados asuntos políticos era la asamblea formada por los tres Tlatoque con el objeto de decidir su participación en las guerras.

Resumiendo los puntos del pacto, tenemos: 1º, alianza perpetua; 2º, ofensivas militares en conjunto, con pacto de distribución de tributos; 3º, defensivas militares en caso de ataque de pueblos extraños; 4º, dirección militar de los mexicanos; 5º, ayuda mutua en casos normales o de calamidad.

El primer resultado de la triple alianza fue la ayuda prestada por Mexico a la pacificación de Acolhuacan y la coronación de Nezahualcóyotl (Clavijero, 1945, t. I, p. 308). Su



ascensión al poder parece indicar también una transculturación de su pueblo:

Auh inic nahui Tlatoani muchiuh Tezcucu yehuatl in Nezahualcoyotzin.	El cuarto que se hizo Tlatoani de Tezcoco fue Nezahualcóyotl.
In tlatocatl yepohualxihuitl ihuan matlacxihuitl ihuan cexihuitl.	Fue Señor setenta y un años.
Auh in yehuatl, in, in Nezahualcoyotzin, ipan peuh in yaoyotl in omextin in Tenochtitlan Tlatoani, Itzcoatzin.	Y él, Nezahualcoyotzin, junto con el Tlatoani de Tenochtitlan, Itzcoatzin, comenzó la guerra,
inic quipeuhque tepaneca, auh in nohuiian tepeuhque. Quin yehuatl quipehualti, in Nezahualcoyotzin,	y así conquistaron a los tepanecas, y por todas partes conquistaron. El, Nezahualcoyotzin, vino a empezar,
in quitecac in petlatl, in icpalli in Acolhuacan Tezcucu (Códice Florentino. 1954, p. 9).	a colocar la estera y la silla (metaf. el mando y la autoridad) en Acolhuacan, Tezcucu.

A pesar de decir la parte primera que Nezahualcóyotl fue el cuarto Tlatoani de Tezcoco, más abajo indica el Códice que fue el primero en establecer el mando y la autoridad, usando una expresión metafórica empleada por los nahuas. Aun cuando sus antecesores gobernaron Acolhuacan, lo hicieron de manera chichimeca, y no en la forma en que él, ya influido por las ideas predominantes, constituía su poder.

LA REFORMA. Tlacaélel empezó a surgir políticamente. Este hombre, a quien Tezozómoc llama “in cemanahuac tepehuan” (1949, p. 121), o sea el conquistador del mundo, se colocó desde ese tiempo al lado de los Tlatoque de Mexico-Tenochtitlan en calidad del más grande consejero que la historia nombra, ascendiendo a tanto su fama que Torquemada prefiere desconocer su existencia antes de admitir que en un ser humano pudiesen reunirse sus cualidades (1944, t. I, p. 171). Inteligente, hábil, astuto, valeroso, fue, como afirma León-Portilla, “un auténtico poder detrás del trono” (1959, p. 1).

Con su consejo fue Itzcóatl el que consolidó, por medio de sus reformas constitucionales, la posición definitiva que mantendrían los mexicanos. Su actuación, como se ha afirmado, “hizo posible a los tenochcas crear la civilización azteca” (Vaillant, 1955, p. 83).

La reforma necesitaba ser radical: el Tlatoani mandó quemar todos los libros (Sahagún, 1956, t. III, p. 209), demostrando así su conciencia de “la importancia de la historia en la vida y modo de pensar de un pueblo” (León-Portilla, 1958, p. 121). No iba a empezar con él la historia; empezaba la interpretación por parte del Estado para, a través de ella, dirigir al pueblo por los caminos necesarios a la realización de sus fines. Era necesario que no perdurasen todos los libros que señalaban el pasado tan insignificante de los mexicanos, o que enseñaban la religión antigua sin incluir a la divinidad tribal.

Las ideas de los nahuas anteriores seguían infiltrándose en la religión mexicana. Era preciso hacer la unión de ambos pensamientos, y así, con la intervención del Estado, Huitzilopochtli fue colocado en todos los libros religiosos en el plano de la división cuaternaria derivada de Ometéotl. Pero seguiría siendo, como en la peregrinación, el centro decisivo del destino de los mexicanos, guiándolos al dominio de todo el mundo conocido. Su culto fue obligatorio en el territorio dominado por Tenochtitlan, los disidentes fueron muertos y sus tierras pasaron al Estado (Anales de Cuauhtitlan, 1945, p. 31).

La organización estatal empezó a sufrir transformaciones. Fue nombrado, también por consejo de Tlacaélel, un cuerpo de cuatro pipiltin que recibían los dictados de Tlacochealcatl, Tlacatécatl, Ezhuahuácatl y Tlillancalqui, que estarían en sus puestos por la vida del Tlatoani (Código Ramírez, 1944, p. 73); y cuyas funciones analizaremos al estudiar el funcionamiento del gobierno, bastando por ahora aclarar que los cronistas les han llamado electores (Acosta, 1894, t. II, p. 212) o “caciques principales y señores de título y nombradía en el señorío y mando del gobierno mexicano” (Tezozómoc, 1944, p. 58).

Aparte de estos principales se nombraron diecisiete tiacahuan u hombres valientes, “llamados valerosos capitanes con sobrenombres” (Tezozómoc, 1944, p. 58), y aparte de ellos cinco más que no especifican las crónicas si son tiacahuan, pero dos de los cuales ya se encuentran mencionados en la

lista de estos dignatarios (Durán, 1951, t. I, pp. 97-99. Tezozómoc, 1944, pp. 57-59). Cuando menos ocho de los títulos corresponden al nombre de los calpulli iniciales de Tenochtitlan. Uniendo lo dicho a que en todas las capitanías pusieron a descendientes de Acamapichtli (Durán, 1951, t. I, pp. 75-76), debemos suponer que los calpulli formaron divisiones militares; pero que el mando en la guerra contra los tepanecas sólo lo llevaron pipiltin nombrados por Itzcóatl, y que, una vez terminada la contienda, fueron reconocidos como jefes militares. Aparte de estos títulos de tiacahuan, los demás que se distinguieron, pipiltin o macehualtin, fueron apreciados como valientes, otorgándoseles grados militares conforme a su mérito (Tezozómoc, 1944, pp. 57-59).

El problema es determinar cuál fue en realidad la reforma notable en el nombramiento de los tiacahuan, a la que tanta atención prestan las historias, pero que tan poco aclaran. Antes de la guerra contra Azcapotzalco cuando menos existían algunos de los títulos que con posterioridad a ella se otorgaron, entre ellos el de Tlacocheácatl —desde la época de Huitzilhuitl (Torquemada, 1944, t. I, p. 103)— y el de Atempanécatl tiacáuh (Tezozómoc, 1944, p. 41). Ambos corresponden a un calpulli determinado, lo que nos hace creer que en aquel tiempo estaban los capitanes ligados al mando militar de sus calpulli de origen. Después los vemos pasar de unos títulos a otros, por ejemplo, Tlacaélel, que fue Atempanécatl (Tezozómoc, 1944, p. 41), pasó a ser Tlacocheácatl (Durán, 1951, t. I, p. 97), y de ahí a Cihuacóatl. No estaba ya ligado el título, como posiblemente estuviera en un principio, a un determinado calpulli. Tradicionalmente algunos nombres se habían conservado; pero ahora eran títulos militares en los cuales existía cierta jerarquía y el desempeño de una función administrativa dentro del Estado. Por medio de la milicia se ascendía el escalafón burocrático, y éste se hallaba integrado, en el momento de la consolidación estatal, en sus puestos más altos, por pipiltin que se habían distinguido en las últimas campañas.

Al reparto de títulos siguió el de tierras. De los lugares conquistados, después de haber tomado la mejor parte para el Tlatoani y Tlacaélel, repartieron parcelas entre los capitanes valerosos y algunos macehualtin que se habían distinguido, así como entre los templos particulares de los calpulli (Código Ramírez, 1944, p. 64). En esta forma se inició en México,



Tenochtitlan la diferenciación de derechos en relación a la tierra, que se verán al estudiar la propiedad.

También se inicia con la reforma de Itzcóatl y Tlacaélel la distinción entre los que participaban en la guerra y los que se mantenían al margen de ella, para señalar los derechos de unos y otros. Los pipiltin que no se distinguían en los combates, aunque fuesen hijos del Tlatoani, quedaban en una condición semejante a los macehualtin. Por otro lado, los hijos ilegítimos —Itzcóatl era hijo de esclava— y los legítimos de los pipiltin, heredarían y ocuparían los puestos sin distinción de su origen, sino por méritos. En cuanto a los títulos obtenidos en campaña, quedó establecido no se heredasen, sino que se alcanzasen en la misma forma (Durán, 1951, t. I, pp. 241-242).

Con la nueva organización del Estado, apoyada en el sincretismo de la primitiva religión de Huitzilopichtli con la de los demás pueblos nahuas, pero conservando la primera su finalidad de poder, “se fue consolidando, si no es que forjando, una mística que impulsaba a la conquista y al predominio guerrero” (León-Portilla, 1958, p. 130).

QUINTO TLATOANI. Motecuhzoma Ilhuicamina, el Tlatoani electo a la muerte de Itzcóatl, siguió la trayectoria de su antecesor. A su coronación se estableció que todo Tlatoani, antes del solemne acto, saliera personalmente a campaña y cautivara enemigos (Códice Ramírez, 1944, p. 79). El desempeño de cargos públicos en relación a los méritos personales en campaña comprendía ya la suprema dignidad.

Itzcóatl había iniciado la reforma; era preciso cimentarla por medio de la estructuración estatal. Ilhuicamina consideró que tenía que reforzarse el carácter divino del Tlatoani de Mexico, y ordenó que sus representantes, los Tlatoque de los pueblos a él sujetos, no se mostrasen en público si no era necesario, y reglamentó el uso de determinadas prendas de vestir que sólo llevarían ellos o sus capitanes, por ser representantes también del Tlatoani durante los combates (Durán, 1951, t. I, pp. 214-215). Debido a su carácter de representante divino, los jueces superiores no podían sentenciar a muerte sin darle parte (Durán, 1951, t. I, p. 215); él era el único que podía disponer de la vida de los hombres.

Para ahondar más la división entre los oscuros y los distinguidos, dividió los tribunales conforme a la categoría de las



personas, e instituyó el procedimiento (Durán, 1951, t. I, p. 216).

Las recientes conquistas habían proporcionado al Estado fuertes ingresos, por lo cual se organizó el sistema hacendario (Código Ramírez, 1944, p. 83).

Tlacaélel, que había presidido todas las reformas de Itzcóatl, aconsejó a Motecuhzoma nuevos ritos (Durán, 1951, t. I, p. 174) que sujetasen y ligasen al pueblo bajo, atrayéndolo con la fascinación de sus misterios. Para hacer posible esto, y habiendo contribuido con anterioridad a la creación de interpretaciones religiosas, acrecentó el número de sacerdotes (Clavijero, 1945, t. I, p. 330), tal vez con el propósito de organizarlos según convenía a los fines estatales, y los exentó de impuestos (Durán, 1951, t. I, p. 217).

Era necesario establecer aún más firmemente la diferencia entre los valientes y la gente que no participaba en forma directa a la exaltación de Tenochtitlan en su nueva etapa. Para ello reglamentó el uso de prendas de vestir y modo de construcción de edificios, conforme a los hechos guerreros y calidad personal de sus dueños (Durán, 1951, t. I, pp. 215-216). Pero era necesario, ante todo, ir forjando en la mente de las jóvenes generaciones todos los nuevos dogmas históricos y religiosos, y al mismo tiempo adiestrarlos militarmente para hacer posible su inclusión en la mística de Huitzilopochtli. La preparación hogareña no era suficiente, y el Estado creó y dirigió escuelas (Durán, 1951, t. I, pp. 216-217) en las que se impartía la educación eficaz.

LAS GUERRAS FLORIDAS. Ya hemos visto con anterioridad que la ciudad de Mexico-Tenochtitlan no podía vivir sólo de su agricultura, sino que desde un principio se vio precisada a ayudarse por medio del comercio. Con el aumento de la población y el predominio político se fue convirtiendo en un centro comercial e industrial, basado, como dice Caso, en la elaboración de productos de alta calidad, mosaicos de pluma, joyas, etc. (1954, p. 23). El comercio exterior estaba amenazado por Tlaxcallan, Huexotzinco, Chollollan, Atlixco, Tlilihuitépec y Técoac. Querer lanzar los ejércitos contra aquellos pueblos no hubiese sido conveniente, pues se podían aliar contra el mexicano. Era mejor tenerlos en una situación de concordia, y al mismo tiempo poderlos debilitar constantemente.



te, en espera del día en que ya no representasen un obstáculo para el comercio tenochca. Tlacaélel recordó las llamadas guerras floridas que su abuelo, Acamapichtli, había iniciado con los chalcas (Anales de Cuauhtitlan, 1945, p. 32), y le parecieron muy convenientes para su propósito. El pueblo mexicano, de acuerdo con su nuevo modo de pensar, las aceptaría plenamente, ya que serían la oportunidad de alcanzar honra y riquezas sin tener que ir hasta regiones apartadas de pueblos desconocidos.

Ante la fuerza de la triple alianza fue fácil que aceptaran los vecinos competidores. El pacto fue celebrado, acordando que los combates serían cada veinte días, en un orden que iniciarían los tlaxcaltecas, seguirían los huexotzincas, y así sucesivamente, frente a los ejércitos de la triple alianza, en campos de batalla determinados con anterioridad (Pomar, 1914, p. 46). De la misma manera se comprometían a cesar las contiendas en épocas de hambre o carestía, teniendo libertad en esos casos de entrar a los territorios de los pactantes para proveerse de alimentos, y en tercer lugar acordaron prestarse ayuda mutua en caso de peligro ante las fuerzas de enemigos extraños (Pomar, 1941, p. 42). Los cautivos serían sacrificados a los dioses de ambos bandos, que en ese momento, para la mentalidad popular, empezaban sus rivalidades; por un lado, Huitzilopochtli, Tezcatlipoca y Tláloc, y por el otro, Camaxtle, Matlalcueye y Quetzalcóatl (Ixtilixóchitl, 1952 b, pp. 207-208).

Las guerras floridas se iniciaron como se habían pactado, y los propósitos de Tlacaélel se llevaron a cabo. Con los años, al ser preguntados los tlaxcaltecas la causa de las contiendas, contestaron que “enemistades viejas y amor de la libertad y exención” (López de Gómara, 1943, t. I, p. 188), demostrando con ello su antipatía por el pacto celebrado por sus antepasados, que había hecho que los mexicanos los tuviesen completamente cercados, sin darles salida para ejercer el comercio, en tal extremo que no podían adquirir sal y algodón para sus usos personales (Cortés, 1945, pp. 52-53).

En esta forma se establecieron la reforma y consolidación del Estado tenochca, llevadas a cabo por Itzcóatl y Motecuhzoma Ilhuicamina con el consejo de Tlacaélel y bajo la protección de Huitzilopochtli.

D) EL PUEBLO CONQUISTADOR

SEXTO TLATOANI. Axayácatl sucedió a su tío Motecuhzoma Ilhuicamina —aproximadamente en 1464—, y continuó la ruta de conquistas y predominio político que habían iniciado los Tlatoque anteriores. Durante su gobierno se ve clara la influencia del Cihuacóatl, dato que nos proporciona Durán al decir que “empezó a tratar de las cosas tocantes a su república... no osándose de mandar sin el parecer de su coadjutor” (1951, t. I, p. 256). Este cargo de Cihuacóatl, que ocupara Tlacaélel por vez primera, era el de un consejero con poderes inmensos, sólo inferiores a los del Tlatoani.

La labor de Axayácatl fue más bien militar y administrativa. Belicoso y severo en castigar a los delincuentes conforme a las leyes de sus antecesores (Veytia, 1944, t. II, 231), contribuyó a sedimentar los efectos de la reforma; pero nada nuevo agregó a ella. Su labor, por esto, fue prudente, y a través de ella hizo posible el aumento del poder de los mexicanos.

México-Tlatelolco había continuado independiente. Ahora era el tiempo de volver a unir a todos los mexicanos.

Ipan mochiuh inic moyaochiuhque tlatilulca ihuan tenocha.	Entonces se hicieron la guerra tlatelolcas y tenochcas.
Inic mixnamique uncan poliuh in tlatacayotl Tlatilulco (Código Florentino, 1954, p. 2).	Ahí mismo en la contienda se perdió el señorío de Tlatelolco.

En lugar del dicho señorío Axayácatl puso un gobierno militar, al mando de un cuauhtlatoani (Tezozómoc, 1949, p. 121) o director de águilas, que siempre fue nombrado por los tenochcas. Los mexicanos de Tlatelolco quedaron obligados a pagar tributo como cualquier otro pueblo conquistado.

SÉPTIMO TLATOANI. Cuando sucedió Tizótic, a la muerte de su hermano, ya las guerras se habían hecho indispensables para la economía mexicana. El nuevo Tlatoani era un hombre místico; en los cuatro o cinco años que estuvo en el trono, sus pocas campañas fueron fracasos militares y econó-



nicos. El poder divino que había recibido en su unción y coronación no era renunciable ni podía transferirse mientras él viviese. Ante este problema no hubo más remedio que envenenarlo. Sólo sabemos que la penosa labor la hicieron los mexicanos (Martínez, 1948, p. 130); pero podemos suponer que el pueblo no supo la realidad de lo ocurrido, cuando menos mientras la muerte fue reciente.

OCTAVO TLATOANI. A él siguió uno de los más grandes conquistadores, Auhíztotl, también hermano suyo. Era un verdadero militar, y extendió tanto el dominio de su Estado que sus límites eran casi los mismos a la caída de Tenochtitlan (Veytia, 1944, t. II, p. 252). La historia nos lo presenta como hombre superficial, que favorecía ampliamente a los militares y a los burócratas (Clavijero, 1945, t. I, p. 360), dejando que ocuparan puestos prominentes personas de la clase baja; amigo del esplendor, las fiestas, las dádivas pomposas a los pobres (Códice Ramírez, 1944, p. 92); dado a las mujeres (Veytia, 1944, t. II, p. 252); voluble al punto de que su nombre, por un lado, ha quedado como sinónimo de cruel y malvado (Robelo, sin fecha, tercera edición, pp. 17-18), mientras que por otro lado se le llamó “padre de los huérfanos” (Códice Ramírez, 1944, p. 93). No podemos saber, por lo mismo, si los honores que hizo a los pochtecas (Sahagún, 1956, t. III, p. 20) se debieron a su desprendimiento o a la visión política del Tlatoani, o si por consejo de su Cihuacóatl alcanzaron la posición que les permitió servir a su Estado de manera tan efectiva. Lo cierto es que este grupo de comerciantes organizados —si podemos llamarlo así— inició sus actividades a gran escala durante el gobierno de Auhíztotl.

SITUACIÓN DE LOS CONQUISTADOS. Antes de pasar adelante es preciso aclarar la situación de los pueblos sujetos a Mexico-Tenochtitlan, ya que eran diferentes las ligas que los unían a su conquistador.

En primer término se encuentran los pueblos que por su propia voluntad o sin necesidad de guerra se entregaban a los mexicanos. Mediante los tratados que fijaban su situación, quedaba establecido que nunca serían contrarios a Tenochtitlan, que dejarían entrar, salir y comerciar a los pochtecas, y que enviarían periódicamente dones al monarca, comprometiéndose

a su vez los mexicanos a admitir como aliado al Tlatoani que voluntariamente se había sometido, dándole “la amistad, protección y amparo del imperio” (Ixtilixóchitl, 1952 b, p. 191). El obsequio que deberían hacer al Señor de Mexico se presentaba cada año, y en cantidad que los mismos donantes determinaban (Katz, traducción inédita, p. 122).

En segundo lugar tenemos los pueblos en que se dejaban las leyes, gobierno y Tlatoque propios, pero nombrando el mexicano sus calpixque para la recolección del tributo pactado en el momento de la derrota (Zurita, 1941, pp. 91-92). La ciudad conquistada seguía siendo la célula esencial y el centro político (Soustelle, 1956, p. 212); pero su Tlatoani estaba sujeto a la confirmación del de Tenochtitlan, quien no consentía el desempeño de su cargo mientras no reuniese las cualidades que él creía necesarias (Zurita, 1941, pp. 76-77), y procuraba que fuese uno de los hijos de señoras mexicanas o texcocanas (Motolinía, 1903, pp. 284-285).

Las características señaladas por Herbert Spencer que aluden a la no imposición de leyes mexicanas y a la independencia del clero en las naciones conquistadas (1896, c. 2) sólo deben entenderse referidas a esta clase de sujeción y a la anterior.

La confirmación de los Tlatoque no era únicamente cuando acababan de ser electos o designados legítimos sucesores, sino que debían presentarse todos ante el nuevo Tlatoani de Tenochtitlan cuando subía al trono (Clavijero, 1945, t. II, p. 215).

Nezahualcóyotl dictó una ley en la cual el Tlatoani rebelde era condenado a muerte, sus tierras eran confiscadas y sus hijos hechos esclavos hasta la cuarta generación (Nezahualcóyotl, 1924, p. 113). Creemos que esta ley era igual en los tres Estados de la alianza, debido a la costumbre de aceptar mutuamente los preceptos más convenientes. El pueblo rebelado tenía que pagar el doble del tributo establecido (Ixtilixóchitl, 1952 b, p. 289).

En tercer lugar estaban los pueblos que perdían sus Tlatoque, su gobierno y sus leyes. El Tlatoani de Mexico nombraba un funcionario que en las crónicas recibe algunas veces el nombre de gobernador, otras el de capixque —equivocadamente—, o simplemente dicen que los pueblos tenían mando militar, como ya vimos con Mexico-Tlatelolco. Su labor era múltiple: mantener la paz de los conquistados (Códice Ramí-

rez, 1944, p. 178), ejercer funciones jurisdiccionales y cobrar los tributos (Durán, 1951, t. I, p. 206). El culto y el clero quedaban sujetos al sacerdote llamado Mexícatl tehuatzin (Sahagún, 1956, t. I, p. 248), y la educación de los jóvenes de las escuelas al Tepan tehuatzin (Sahagún, 1956, t. I, p. 248), ambos mexicanos.

A pesar de ingresar al Estado mexicano, continuaban obligados a pagar tributos como si fuesen pueblos independientes, y sus habitantes podrían ser privados, en castigo, de ciertos derechos, como en el caso de los tlatelolcas, a los cuales privó temporalmente Motecuhzoma Xocoyotzin de sus títulos y cargos, y del derecho de tener juicios en sus tribunales (Clavijero, 1945, t. II, p. 33).

En cuarto lugar tenemos a los territorios que quedaban sin gobierno propio después de la guerra. Estos eran distribuidos entre el Tlatoani, los militares valerosos, los templos, etcétera, y no podían reconocer sus habitantes, como en el caso de los azcapotzalcas, sino al Señor tenochca (Código Ramírez, 1944, p. 64). De ellos no especifican las crónicas si quedaban en sujeción directa de la ciudad de Mexico o a la cabecera más próxima, pues, como distingue Monzón, había “altépetl” o pueblo y “huey altépetl” o cabecera de provincia (1949, p. 34). Es posible que fuera a los huey altépetl más próximos, por facilidades administrativas.

En quinto lugar quedaban aquellos pueblos sujetos totalmente y que, sin embargo, seguían conservando sus Tlatoque, a los que, por caso excepcional, no sólo mantenían en el poder, sino que admitían en la corte mexicana en calidad de consejeros. Este extraño caso únicamente lo hemos encontrado a la caída de Xochimilco (Código Ramírez, 1944, p. 75).

En sexto lugar vemos los pueblos completamente arrasados, que colonizaban familias de los conquistadores. Cada veinte familias colonizadoras constituían un nuevo calpulli (Durán, 1951, t. I, p. 364), y todos éstos obedecían al Tlatoani nombrado en la capital (Tezozómoc, 1944, pp. 351-352), aun cuando a su muerte ellos mismos nombraban sucesor con la obligación de que fuese confirmado en Tenochtitlan (Durán, 1951, t. I, p. 367). Después del tiempo necesario para que surgiera la nueva población, iniciaba el pago de tributos normalmente (Durán, 1951, t. I, pp. 365-366).

Con los datos anteriores, haciendo inversión de la forma en que se han presentado, resulta el siguiente cuadro:

	Colonias mexicanas.
	Pueblos cuyo Tlatoani vencido era incorporado a la corte mexicana.
Sujetos totalmente a México, regía el Derecho mexicano.	Territorios sin gobierno autónomo, propiedad del Estado o con derechos de particulares mexicanos, fuera de Tenochtitlan.
	Antiguos señoríos conquistados, en los que Tenochtitlan colocaba un funcionario para su gobierno.
Sujetos parcialmente a México. Regía el Derecho propio.	{ Pueblos que conservaban sus Tlatoque, pero que admitían calpixque mexicanos para el cobro de los tributos fijos pactados.
Protegidos.	{ Pueblos independientes, que en calidad de aliados obsequiaban a Tenochtitlan, sin determinación de cantidad, y a los cuales protegía el Estado mexicano.

La mayoría de los pueblos sujetos lo eran parcialmente. En ellos y en los protegidos daban salida los mexicanos a todos sus productos manufacturados en la capital, finos o baratos, pero cuyos precios casi nunca correspondían a su valor. El control del comercio exterior los hacía colocar su mercancía en la forma más conveniente a sus intereses.

Todos estos pueblos contribuían, a la fuerza, al mantenimiento del ejército aliado en campaña, pues eran obligados por la tropa a entregar bastimentos y a prestar alojamiento cuando los soldados lo necesitasen (Durán, 1951, t. I, p. 172). Sus Tlatoque estaban en perpetuo riesgo de verse privados del cargo, por el capricho de sus poderosos conquistadores (Zurita, 1941, p. 93). A cambio de ello recibían la protección en caso de ataque de fuerzas enemigas. Para mayor paz y tranquilidad, ponían los mexicanos, aparte de los funcionarios que se encargaban del gobierno o del cobro de tributos, guarniciones con hombres de la triple alianza (Cortés, 1945, p. 92. Pomar, 1941, p. 45).

En esta forma los tenochcas lograron toda la riqueza que su ciudad no podía proporcionarles con su tierra, pero que les otorgaba con su posición estratégica.



E) MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN

NOVENO TLATOANI. A la muerte de Ahuizotl lo sucedió su sobrino Motecuhzoma, que presentaba todas las características necesarias para ser un buen gobernante: desde tiempos de su padre, Axayácatl, se había distinguido en la guerra (Torquemada, 1944, t. I, p. 187); en el momento de su elección era ya un hombre maduro (Tezozómoc, 1944, p. 394), y desempeñaba el cargo de sacerdote con fama de grave, respetado y temido (Clavijero, 1945, t. II, p. 8), y de hablar algunas veces con Huitzilopochtli (Torquemada, 1944, t. I, p. 194).

Como hombre de ideas firmes, necesitaba eliminar todos los peligros que motivaran los cambios de gobierno que desde un principio tenía fijados. En la elección se había dudado entre él y su hermano Macuilmalinaltzin, quien podía, aliándose con los descontentos, atentar contra su persona en caso de inconformidad del pueblo. Macuilmalinaltzin murió pronto, en la guerra de Atlixco, y muchos supusieron que había sido por orden del nuevo Tlatoani (Ixtililxóchitl, 1952 b, pp. 309-310).

Motecuhzoma Xocoyotzin fue todo lo contrario a su antecesor, y aprovechó a la perfección la situación que éste había provocado con sus liberalidades. Los pipiltin no veían con buenos ojos que los macehualtin encumbrados en las batallas ocupasen altos puestos en el gobierno, de los que ellos eran desplazados (Katz, traducción inédita, p. 177) por gracia de los Tlatoque anteriores, principalmente de Ahuizotl. Motecuhzoma quería a la vez dominar totalmente a su corte y asegurarse de la fidelidad de los conquistados, para lo que, mediante un posible acuerdo con los pipiltin, ordenó que todos los cortesanos que habían servido a Ahuizotl fuesen despedidos de sus empleos, y en sustitución de ellos se reclutasen únicamente pipiltin, todos hijos legítimos y de una edad apropiada para manejarlos fácilmente y hacerlos a su manera (Durán, 1951, t. I, pp. 417-418). De la misma forma destituyó a todos los funcionarios de los calpulli para poner gente de su confianza (Durán, 1951, t. I, p. 421), y así estabilizar el poder que podría requebrarse ante un cambio brusco. Los jóvenes reclutados no fueron únicamente mexicanos (Durán, 1951, t. I, p. 419. Cortés, 1945, p. 92), sino hijos también de los Tlatoque dominados; así aseguraba la paz con aquellos pueblos.

Ahuízotl había puesto en entredicho el carácter divino del Tlatoani con sus excentricidades, y era necesario volver a la normalidad. Con excepción de los cuatro funcionarios principales surgidos en tiempos de Itzcóatl —y es de suponerse que el Cihuacóatl—, nadie podía mirar su rostro (Díaz del Castillo, 1950, p. 166), y al hablar con él toda persona debía cubrirse con mantos pobres, aun cuando bajo ellos trajera su ropa usual (Motolinía, 1941, p. 209). Su personalidad, además, encuadraba perfectamente en la dignidad de su cargo, y la historia lo presenta como hombre severo, estricto, grave, digno, celoso al extremo del cumplimiento de las leyes y el deber, amante del trabajo y la limpieza de su ciudad, atento siempre al buen funcionamiento del gobierno y el culto, magnífico, cruel y déspota cuando se trataba de mantener su opulencia y autoridad, pero siempre respetando las leyes que él había impuesto. Era el prototipo del Tlatoani.

Con sus ideas religiosas, o más bien, tomando como pretexto aquellas ideas religiosas que todos creían descubrir en él, siguió la ruta iniciada por Tlacaélel, pero ahora sobre todos los pueblos circundantes. Huitzilopochtli había depositado su poder en él, y como único representante del dios tenía la obligación de dominar todo el mundo. A una embajada de Nezahualpilli, Tlatoani de Acolhuacan, respondió que “ya no era el tiempo que solía ser, porque si en los tiempos atrás se gobernaba el imperio por tres cabezas, que ya al presente no se había de gobernar más que por una sola, y que él era el supremo señor de las cosas celestes y terrestres, y que nunca más le enviase a requerir y comunicar negocios” (Ixtililxóchitl, 1952 b, p. 327). Nezahualpilli murió al poco tiempo, y no faltó quien dijese que por causa de las penas motivadas por la soberbia de Motecuhzoma (Ixtililxóchitl, 1952 a, p. 331). A su muerte, el mexicano intervino directamente en la elección del sucesor tezcocano, manifestando que lo hacía por revelación de Huitzilopochtli (Tezozómoc, 1944, p. 490). El Tlatoani electo, por supuesto, era suficientemente maleable, y por ello se inició la rebelión en Acolhuacan, que pronto fue sofocada con las concesiones hechas al inconforme Ixtililxóchitl; no obstante éste contribuyó con sus fuerzas a la caída definitiva de Tenochtitlan.

Los demás pueblos eran sujetos fácilmente. Todos los Tlatoque debían vivir algún tiempo en la corte mexicana, y al salir a desempeñar sus cargos tenían que dejar un hijo o un her-

mano en su lugar, los que servían de rehenes para caso de inobediencia (Torquemada, 1944, t. I, p. 231). Además de esto, en el templo mayor existía un edificio —el Coacalco— dedicado a la guarda de las imágenes de los dioses de los pueblos vencidos en la guerra (Sahagún, 1956, t. I, p. 234). Esta antigua costumbre de los pueblos de Anáhuac mantenía a los adoradores, cuando menos al pueblo bajo, en una sumisión mucho más completa que la obtenida con sus Tlatoque rehenes, y fue una de las soluciones que al iniciarse el período de Itzcóatl dio el temeroso pueblo tenochca para librarse de la guerra de independencia: entregar a Maxtla la imagen de Huitzilopochtli y convertirse en esclavos de los tepanecas (Códice Ramírez, 1944, p. 58).

A la caída de Tenochtitlan, Motecuhzoma Xocoyotzin tenía sujetos a treinta Tlatoque de a cien mil vasallos, y tres mil pueblos y lugares de menor importancia (López de Gómara, 1943, t. I, p. 228. Orozco y Berra, 1880, t. I, p. 368). No era ya la forma tradicional de dominar aparentemente a los conquistados. Ahora se trataba de crear una situación estable mientras las ideas religiosas se infiltraban en todos los pueblos, hasta que el poder de Huitzilopochtli justificara plenamente el poderío de sus hijos predilectos, y que así como él se colocaba a la cabeza de todos los dioses secundarios, México-Tenochtitlan fuese el único centro político en todo el mundo náhuatl. La triple alianza seguía en pie; pero el propósito de Motecuhzoma Xocoyotzin era destruirla para colocar a sus dos aliados en subordinación. Se iniciaba una nueva reforma de absoluto dominio.

El poder de Huitzilopochtli fue interrumpido. Quetzacóatl reclamó las tierras que abandonara, y aún su poder era grande ante el dios que había llegado apenas hacía doscientos años. Cuitláhuac y Cuauhtémoc, los dos sucesores mexicanos, ya no pudieron continuar la reforma. Su único propósito fue tratar de salvar al Estado en su vertiginosa caída, y ambos intentaron inútilmente lograr una alianza con los tlaxcaltecas (Torquemada, 1944, t. I, p. 513. Durán, 1951, t. II, p. 52).

México-Tenochtitlan cayó para siempre.